

LOS PARTIDOS POLITICOS

Por RAUL FERRERO

La opinión pública y la democratización del Estado.— Concepto y origen de los partidos políticos.— El Estado de partido único.— Rol de los partidos en el Gobierno Representativo.— Necesidad de la oposición. — Exageración del rol de los partidos y vicios frecuentes.— Dualidad y multiplicidad de los partidos.

El actual acatamiento de la opinión pública como fuerza gobernante constituye la prueba más cabal de la democratización del Estado, pues se basa en la identificación del poder del Estado con la voluntad del pueblo. La aparición de la imprenta, primero, y muy especialmente, el desarrollo de la prensa, han determinado la formación de la opinión pública, pues anteriormente se carecía de medios eficaces para la difusión del pensamiento y, en consecuencia, sólo era capaz de opinar una pequeña élite, caracterizándose el pueblo por la dispersión de ideas y, más frecuentemente, por su total desinterés de la política. La conciencia democrática, lentamente elaborada durante la Edad Media y Moderna, se afirma en el Estado con la Revolución Francesa. Los filósofos precursores de ella no hicieron sino racionalizar y justificar las instituciones políticas que los ingleses habían creado por simple madurez cívica y sin obedecer a un plan orgánico o a presupuestos filosóficos.

Con su peculiar dureza de estilo, afirmaba Nietzsche que los franceses habían sido los simios, los actores, los soldados y las víctimas de las ideas inglesas. Tal afirmación, aunque despectivamente expresada, encierra una verdad histórica. Los padres de la Revolución Francesa no hicieron sino idealizar y sistemar las instituciones inglesas, dándoles un mayor fundamento doctrinario y un carácter más orgánico. Con la propagación de las ideas francesas, la sociedad moderna experimenta un proceso de democratización fundamental, a tono con el súbito aumento de la población y con las nuevas formas económicas. La expresión concreta de esta democratización fundamental de la sociedad está dada por la ampliación del sufragio hasta llegar a la instauración del sufragio universal, el que viene a emancipar políticamente los estratos sociales inferiores.

Para las masas, que buscan siempre una inspiración, la prensa, el cine y la radio han venido a suministrarle ideas pre-elaboradas, hábilmente dirigidas por quienes aspiran a influir en la opinión pública. Y en esta forma, la opinión general es modelada, encauzada y no pocas veces engañada por los grandes medios de difusión. La opinión pública no es necesariamente idéntica a la que se profesa interiormente. Es opinión de voluntad política, condicionada por intereses, anhelos y temores, y se dirige concretamente a exigir determinados actos estatales. La opinión pública, amasada con juicios y prejuicios, una vez arraigada en principios y doctrinas constituye un poderoso vínculo de la unidad estatal. (Es la forma activa de la base mental homogénea a que nos hemos referido en nuestro estudio sobre el orden social).

Es interesante subrayar la distinción que hace Bluntschli al señalar que la opinión pública es una fuerza pública pero no un poder público, pues solo al Estado le atañe la ejecución de actos y medidas y siguiendo siempre sus propios canales y resortes. Hoy día, ningún gobierno puede desenvolver eficazmente su misión sino ejerce un influjo constante y calculado sobre la opinión pública. De lo contrario, los órganos de los partidos o de los intereses privados son los únicos en formar la opinión pública y en orientar, por esta vía indirecta, la marcha del Estado.

La diversidad de puntos de vista en materia política explica que el cuerpo electoral se divida en sectores de opinión y de acción; tales son los partidos políticos. Teóricamente, el partido político es un grupo de hombres reunidos en una asociación para defender convicciones comunes y propugnar la realización de fines determinados respecto a la marcha del Estado. En la práctica, la organización de un partido y la disciplina que alcance sobre sus miembros, son más importantes que el fin ideológico proclamado y, no pocas veces, olvidado o alterado para poner la acción a tono con las circunstancias. En realidad, los partidos son grupos que se disputan el gobierno del Estado.

El origen de los partidos como sectores de opinión y no simplemente como banderías cortesanas o religiosas, puede remontarse con más precisión, al siglo XVII, habiendo aparecido en Inglaterra, bajo el reinado de Carlos II. cuando el Parlamento aprobó el llamado bill de exclusión, por el cual se excluía de la sucesión al trono al legítimo heredero, el duque de York, por ser de religión católica. Los grandes señores y muchos parlamentarios, adictos a los derechos tradicionales de la Corona, hicieron oposición a la ley aprobada, habiendo sido apodados **torys**, del nombre de los insurgentes irlandeses católicos. Los industriales y comerciantes, de mentalidad reformista, apoyaron la ley y fueron apodados **whigs**, del nombre que se daba a los bandidos escoceses presbiterianos. Los mote despectivos fueron luego ondeados como bandera, siendo aceptados por los propios motejados. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, los **torys** fueron partidarios de la primacía del trono sobre el Parlamento, en tanto que los **whigs** lucharon por afianzar el predominio del Parlamento sobre la Corona.

En la convención, en la etapa culminante de la Revolución Francesa, aparecieron los primeros partidos, girondinos y montañeses. Entre estos últimos, el más importante fué el de los jacobinos, cuya homogeneidad se alcanzó mediante el terror. Con todo, tales partidos carecían de una organización verdaderamente nacional y fueron, salvo el de los jacobinos, simples grupos parlamentarios. Es durante la Monarquía de Julio, o sea en

el Reinado de Luis Felipe de Orleans, entre 1830 y 1848, cuando aparecen los partidos parlamentarios, titulados de derecha, de centro y de izquierda, así como los partidos populares, con organización nacional, llamados bonapartistas, socialistas, católicos y repúblicanos. Durante el siglo XIX, la división del Parlamento y de la opinión en partidos políticos se hace universal.

Un partido no está constituido únicamente por una idea y por un programa. También consta de un complejo de tradiciones, de lealtades y de intereses. Como todos los fenómenos que atañen al gobierno, debe ser estudiado como biología y no como anatomía. En Inglaterra y en los Estados Unidos, el partido es más poderoso que el caudillo y las masas. Las organizaciones locales de un partido raramente influyen en las directivas centrales; son, más bien, de un espíritu subalterno y estrecho. Las críticas de los afiliados no llegan hasta el cerebro del partido y, en todo caso, el caudillo influye poderosamente sobre las figuras inmediatas y dispone de medios para contrarrestar cualquier insurgencia. Sobreponerse al caudillo o imponer normas a la jerarquía del partido, es imposible para los afiliados. Por lo demás, los afiliados no tienen la misma concepción que los jefes; se limitan a enterarse del programa, interpretándolo cada cual a su manera y según sea la apreciación subjetiva que tengan de los jefes.

En el siglo pasado, particularmente en Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania, los partidos han tenido preponderancia efectiva en la política. Los políticos no afiliados han llenado un rol muy secundario. Ya en el presente siglo, el Estado ha quedado subordinado, a los partidos como en Rusia, sometida a la minoría organizada de los bolcheviques, en Italia, en donde el Estado se identificó con el facismo, en Alemania, en donde la concepción total de la vida fué formada por la ideología nazi, y en España y Portugal, países de régimen mucho más liberal que los anteriores, pero en los cuales el gobierno se sustenta sobre un solo partido. Aún las grandes democracias, Inglaterra y los Estados Unidos, han afirmado y extendido el poder del Estado sobre casi todos los aspectos de la vida, dando con ello mayor importancia a los partidos predominantes. Por lo demás, ya no es posible en ningún país influir en la política sino a través de un partido.

El signo político de la era contemporánea ha sido, sin duda, la transición de la democracia radical de masas al Estado de Monopartido, o sea de partido único, sistema en el cual las masas son conformadas por un partido que monopoliza la acción política dentro del Estado y excluye arbitrariamente a los demás sectores de opinión. Dentro de esta concepción totalitaria, el individuo debe abdicar en cuerpo y alma de su personalidad para sumergirse en la mística del partido y someterse ciegamente a las consignas que se le imparten. Un grupo resuelto en el empleo de la violencia, y portador de una idea de grandeza nacional, afirma su predominio con intransigencia dogmática y convierte a los afiliados en instrumentos del partido. De la actual guerra, sólo ha sobrevivido Rusia como Estado de partido único, que niega todo derecho político a los disidentes de la opinión oficial, y que hace de la persona un rodaje ciego del mecanismo estatal.

En el gobierno representativo, los partidos participan mediante sus representantes parlamentarios y, además, influyen poderosamente sobre el gobierno por medio de sus órganos de prensa y de los movimientos de

opinión que organizan. El partido influye sobre sus representantes en el Parlamento y suspende sobre ellos la amenaza de no reelegirlos. El propio Jefe del Poder Ejecutivo, aunque caudillo de su partido, no puede dejar de escuchar a los afiliados más importantes. Los partidos, aunque estén en minoría, participan en el gobierno por su función de control y por los cargos administrativos que el Poder les acuerda en atención a la capacidad personal de los designados. La opinión pública, que no puede expresarse en elecciones mensuales o anuales, se manifiesta por medio de la prensa y en otras formas diversas. Dice Bryce: "Aunque es difícil muchas veces determinar la relativa potencia de las diferentes corrientes de opinión, todos admiten que cuando una corriente es marcadamente más fuerte que cualquier otra, esto es, cuando de seguro prevalecería si el pueblo fuera llamado a votar, debe ser obedecida. Hasta que se realiza la votación, su poder, expuesto a dudas, carece de título legal a la obediencia. Pero, no obstante que es impalpable, nadie le disputa su poder, y los órganos gubernativos, como ministerios y cámaras, tienen el deber de tomarla en consideración y acomodar a ella sus actitudes. En este sentido, pues, el pueblo está dirigiendo siempre, porque su voluntad es reconocida como suprema en todos los casos en que es conocida, y por más que, formal y legalmente, su único modo de expresarse sea el proceso del sufragio, con frecuencia es bastante perceptible para producir todos sus efectos sin necesidad de ese proceso".

Ahora bien, es evidente que la acción política del pueblo es imposible sin la existencia de partidos que orienten la opinión, que den concreción a los anhelos colectivos y que ofrezcan a los individuos la posibilidad de ver realizados sus propósitos mediante la asociación con otros que piensen de igual manera. Dice, acertadamente, Villarán: "Absorbido por sus ocupaciones, el pueblo necesita alguien que le llame la atención sobre las cuestiones públicas, que se las esponga, que lo ilustre sobre ellas. Los partidos son como los abogados ante el tribunal; plantean la cuestión y argumentan cada cual en favor de su causa. No siempre razonan con sinceridad, pero, aún incurriendo en faltas, llenan un papel necesario". Además, los partidos facilitan enormemente el que las opiniones individuales concuerden en propósitos comunes y alcancen eficacia en la acción.

Lowell observa fundadamente: "Hace algunos años, un prominente reformador sostenía que era deber de todo buen ciudadano ir a las ánforas y votar por el hombre que le pareciera mejor para el cargo, sin ocuparse de saber si había o no otras personas que pensaban también votar por él. No hay método más seguro de dar el triunfo a los peores candidatos. Con igual razón se podría decir que todo buen soldado debe pelear como le parezca mejor sin ocuparse de las maniobras del resto del ejército. Los guerreros salvajes se acercan a ese sistema más que las tropas civilizadas. En negocios personales que no exigen cooperación, cada hombre puede hacer lo que sea mejor según su juicio; pero en movimientos que sólo pueden tener éxito mediante acción concertada, aquella no es posible. Como los hombres no están espontáneamente de acuerdo en todo, la armonía que se necesita sólo puede obtenerse por mutuas concesiones. Aquí entran en juego los partidos como elementos de preparación de acuerdos necesarios". La falta de partidos impide que el pueblo eduque sus sentimientos cívicos y lo lleva a la despreocupación por los intereses colectivos, con la consiguiente sumisión al tirano, o bien a la situación de fácil presa

para los demagogos.

Un gobierno que no tenga al frente un partido opositor, será forzosamente un régimen dictatorial, por la falta de control. Como la naturaleza del poder es la de ser progresivo y absorbente, si el gobierno no teme favorecer con sus yerros al crecimiento del partido de oposición, nada podrá evitar un sistema tiránico y de abyección política. Los únicos diques contra el despotismo son los partidos; de ahí que los gobiernos dictatoriales procuren impedir su formación y crecimiento, aunque se trate de fuerzas organizadas en el sector ideológico más vecino a él.

Reconociendo el importante rol que desempeñan los partidos en la vida política de un país, las Constituciones les conceden personería jurídica y les dan, frecuentemente, participación en los procesos electorales. En efecto, no hay ni puede haber sistema electoral honesto sin la participación de los partidos en los organismos de control, ya que la única forma de garantizar la pureza del sufragio es la de poner los votos bajo la vigilancia múltiple e insobornable de los personeros de los partidos. La oposición de intereses entre los diversos partidos y entre éstos y la Administración, hace imposible la complicitad en el fraude.

Como toda institución humana, los partidos tienen grandes desventajas. La más grave de ellas, sin duda, es la de que contribuyen a falsear la opinión, pues el interés del partido se sobrepone al interés nacional y el apasionamiento de grupo conduce a los hombres a deformaciones del recto criterio y aún al uso de armas vedadas, como son la calumnia y el abultamiento de los hechos. Además, los partidos exaltan las tendencias combativas y fomentan odios y particularismos reprobables. La disciplina de partido puede conducir al fanatismo y a la anulación de la personalidad en manos de jefes no siempre bien intencionados. El afiliado que alce su voz honradamente para disentir de los jefes, corre el riesgo de ser excluído o desplazado de sus situaciones dentro del partido. Los representantes a Congreso, sometidos a las directivas del partido, pierden su carácter de representantes nacionales y sacrifican su propio juicio al interés del partido. Es innegable, igualmente, que los partidos exageran su rol de intermediarios entre el gobierno y el pueblo y se convierten en grupos ávidos de poder, dispuestos a desviarse de sus fines esenciales con tal de alcanzar el gobierno o de mantenerse en él.

El desarrollo alcanzado por los partidos ha venido a falsear un tanto la libre emisión del sufragio, pues, en realidad, el elector no vota por el hombre que a su juicio es el mejor sino simplemente por la lista que el partido recomienda. En esta forma, no **elige**, sino simplemente **escoge** entre los candidatos que presentan los diversos partidos. El partido designa a los gobernantes y al ciudadano no le queda sino decidirse por los candidatos existentes o por los programas enunciados. Prácticamente, pues, los Partidos ejercen el monopolio del derecho de designación. Las personalidades independientes, por robustas que sean, son derrotadas por el peso masivo de las listas de partidos. Un mediocre que sea presentado por el partido tendrá más probabilidades de triunfar que una persona destacada pero no adicta a un partido. En las pequeñas circunscripciones, sobre todo, las directivas del partido son ciegamente seguidas y producen una estrechez mental muy lamentable. No pocas veces, los dirigentes de dos o más partidos establecen alianzas que afectan los principios doctrinarios del partido y que significan la postergación del interés público con miras

a un interés partidista inmediato.

En su **Política**, nos dice Aristóteles: "Dos cosas hay que deben tenerse siempre presentes: lo que es posible y lo que conviene. Las dos deben guiar a todo hombre en sus propósitos". Anhelar lo que conviene, perdiendo de vista lo que es posible, aleja a un partido del éxito político. Pero, igualmente, perseguir únicamente lo que es posible, sacrificando lo que conviene al país, es caer en el oportunismo y negar la razón de ser del partido, pues se acaba subordinando los principios al interés. La conciliación entre los principios y el interés del partido es siempre, más que un problema de apreciación inteligente de las circunstancias, un problema de ética y de lealtad a los intereses superiores del país.

En la práctica han fallado todos los contrapesos ideados para balancear el poder incontrastable de los partidos, dotados de su maquinaria electoral, de sus órganos de prensa y propaganda y de sus caciques regionales. El centro de gravedad del Estado no reside hoy en el Parlamento sino en el Partido. La pasión de lo que se ha llamado **ortodoxia política**, absorbe por entero al individuo, lo somete a un complejo de ideas y prejuicios definidos por el partido y, en síntesis, lo despersonaliza. Esta despersonalización del hombre actual, hace que ya no se conciba la política como la actividad encaminada al bien del Estado, sino como una lucha de partidos, como una guerra civil contra el opositor, como un duelo por la conquista del poder.

El politicismo integral priva al hombre de su intimidad y desplaza su centro mental hacia los valores relativos e inferiores. Para el hombre-masa, la política es su metafísica. "Esto ha terminado en una grave y doble deformación: la religión y la metafísica, que son del dominio de lo absoluto, se les trata desde un punto de vista político, es decir, relativo, mientras que la política, que es del dominio de lo relativo, se la trata desde un punto de vista metafísico o religioso, es decir, absoluto", advierte acertadamente Jean Lacroix. Lo que nos está explicando el fenómeno, tan frecuente, de que personas de mentalidad irreligiosa asuman actitudes de respeto para con la Iglesia, o de que personas creyentes subordinen sus convicciones religiosas a su pasión política.

Las desventajas que ofrece el sistema de partidos son evidentes, como acabamos de analizar. Sin embargo, no puede concluirse por ello que la existencia de los partidos políticos no sea conveniente a la salud del Estado. Muy por el contrario, los partidos políticos cumplen una función indispensable en el Estado democrático, pudiendo afirmarse que no existe Estado de derecho ahí en donde el gobierno cohíba la formación de partidos o restrinja la actividad ilícita de los existentes. La ilusión egoísta de creer que el ciudadano puede despreciar o ignorar los intereses públicos es, a la larga, contraria al propio interés de quien así piense, puesto que la libertad no se halla garantizada sino en una sociedad bien constituida.

El estudio de los partidos políticos plantea un último problema, cual es de la conveniencia de que existan pocos o muchos. En Inglaterra y en los Estados Unidos, el régimen democrático ha funcionado admirablemente por la tradición de sólo dos grandes partidos, a diferencia de casi todos los países. La alternabilidad en el poder, que es la esencia de la democracia, exige que existan sólo dos grandes partidos, o bien un número muy reducido de ellos a fin de que sea posible la composición de grandes fuerzas nacionales. Desde luego, la dualidad y la multiplicidad de partidos

dependen de los países y de las épocas, como que en la actualidad existen nuevos partidos en la Inglaterra tradicionalmente dualista. Para la doctrina política el problema aparece resuelto por la experiencia histórica: el sistema de dos grandes partidos, o por lo menos de un número reducido de ellos, es el mejor. Cuando hay dos grandes partidos, el país distingue netamente entre dos políticas y entre dos grupos de candidatos. La distinción entre las ideologías es clara y simple, sin que puedan prosperar medias tintas y confusionismos interesados.

Además, la política no llegará a ser extremista, por el control de una oposición fuerte y por la posibilidad de que ésta se convierta a su vez en gobierno, ya que es sabido que el volumen y la fuerza de la oposición se alimentan de los errores del gobierno. Un partido homogéneo, a diferencia de una coalición de partidos, ejerce el poder con directivas firmes y sin necesidad de equilibrar apetitos menudos para asegurarse la permanencia en el gobierno, como sucedía con los gabinetes parlamentarios en Francia, los que debían dar cabida a varios grupos y a conocidos caciques profesionales. Por otra parte, la oposición cumple mejor su rol de control cuando está formada por un solo partido, respetable por su fuerza y por la ponderación con que ha de conducirse para demostrar a la opinión pública que es merecedor del Poder.

